

Nació en Córdoba el 28 de julio de 1940, periodista de profesión. Está casado, tres hijos, cuatro nietos. Sus estudios primarios los realizó en las Escuelas Pías de barrio General Paz y los secundarios en el Colegio Nacional D eán Funes.

Ingresó al diario La Voz del Interior de Córdoba en 1964, donde alcanzó la jerarquía de Secretario de Redacción, desvinculándose en 1990. Hasta 1995 ocupó la dirección del Boletín Oficial de la Provincia de Córdoba. También trabajó entre 1966 y 1978 en el diario La Razón de Buenos Aires y fue gerente de Noticias de la radio LV2 y director periodístico de Canal 2 (Prointel). Igualmente, editó la revista Presente en Salud del Hospital Privado de Córdoba; editorialista del diario Hoy Día Córdoba; jefe de redacción del diario Primera Edición de Posadas, Misiones; corresponsal en Córdoba de Associated Press en Córdoba y editor fundador del diario digital PRESSNEW REPORT, entre otras actividades profesionales.

En la actualidad se encuentra trabajando en tres obras literarias: "Si no te matan, te mueras" (Doce cuentos para completar); "¿Y si lo hacemos mejor?" un ensayo político que abarca buena parte del siglo XX y una novela histórica con posible título "Papacho querido".

En 2007 editó su primer novela: "Para recuperar el alma".

juancastrotorres@arnet.com.ar

☞.....☞

"PARA RECUPERAR EL ALMA"

Capítulo II

Cuadro de situación

Con la ayuda invaluable de la memoria y su condición excepcional para volar en el tiempo, Roberto A. nos impulsa a retrotraernos años ha, para contextualizar el "cuadro de situación", el escenario geográfico, personal, ciudadano y cultural, con nostalgia incluida, por cierto. Para mejor comprender el "tiempo" de aquella Córdoba de la década del '50 plena de acontecimientos políticos y sociales que la reubicaron en la escena nacional. Con sus matices propios, su liturgia, sus pequeñas y grandes historias humanas. Como esta que comenzamos a de lineal a partir de personajes inolvidables que ayudaron a construir un perfil propio teñido de "herencias" intransferibles vividas por el mismo Roberto A., en su niñez y en su juventud en aquel antiguo sector de la ciudad que excedía largamente, por tradición y méritos propios, la condición barrial.

Todo era más lento y previsible en la sociedad de aquella década de 1950. Hasta en el clima. Don Perogrullo cordobés diría: En invierno hacía frío como corresponde y, por el contrario, mucho calor en el verano. En otoño se caían las hojas amarillentas de los árboles y en primavera, por fin, llegaba el amor. No pocas veces aquel amor trasgresor, el que podía durar toda la vida, aunque se sabía que duraba lo que el vuelo nupcial del zángano, el más poderoso fecundador monárquico, según describía Maeterlinck.

Especialmente en el interior de los coloridos botes a pedal de la laguna artificial en el Parque Sarmiento que bien conocía Roberto A. por sus experiencias de rabonas recurrentes, a veces, en grata compañía. P revio paso de precalentamiento por El Rosedal donde en el mismo aire se percibía flotando por delante de las narices como un aroma

extraño que, a poco investigar, devenía del festival de endorfina que generaban los fogosos encuentros furtivos que incluían estrógenos, testosterona y abundante adrenalina, en este caso muy saludable para el maltratado corazón humano. Si el paseo en pareja se realizaba a pie por falta de recursos económicos, el parque Sarmiento tenía múltiples hitos para toda la escala imaginable del intercambio amoroso. Uno de los más populares y demandados a cualquier hora del día, la "Cueva del Oso", también El Coniferal, mirador excepcional de la ciudad de Córdoba construida con un tajo irregular entre barrancas, o en el mismo trencito que circulaba por el interior del pintoresco Jardín Zoológico, recorriendo túneles y mágicas estribaciones, entre jaulas de leones, monos y muchas de las especies salvajes que pueblan el planeta tierra, allí presente. O para los que tenían algo más que las monedas que costaba el pedalear en aquellos armatostes de chapa fundida, el romance podía cobrar otra dimensión en los "Mateos" (coches de plaza) con discretos conductores –de espalda a los viajeros- en el pescante, que también recorrían más que lentamente el principal paseo de la ciudad, allende la hoy febril Plaza España. Para quien no se lo imagine, la cadencia del pintoresco vehículo de tracción a sangre, era francamente coincidente con los balanceos de aquellos que se fundían en uno solo bajo la cómplice capota de cuero. Y hablando de cadencias, sería un crimen de lesa "cordobesía" no incluir entre estos grandes trazos a pincel alzado que nos llevara al meollo central, el espectacular éxito, que crecía sin parar, del musical cuarteto Leo, con Leonor Marzano como adalid –mezcla de hada y líder– y que conducía su esposo, Miguel Gelfo desde los años 1943 o 44. Lo seguían multitudes –para escándalo de las clases acomodadas que no podían comprender cómo la "chusma" se "copaba" con semejante estrépito– que concurrían a los heterogéneos bailes populares, tanto en la ciudad capital como en las principales comarcas del interior de la provincia. De allí surgió, entre otros muchos notables cultores de este ritmo absolutamente cordobés, el más famoso cuarterero de todos los tiempos, que saltó indemne de siglo en siglo con la magia del tunga-tunga: Carlos "La Mona" Jiménez. Por cierto, no fueron pocas las veces que Roberto A. y sus amigos concurren a los bailes cuartereros y, en rigor, según sus propios comentarios, la pasaron más que bien.

¿Espectáculos para ver?: La Radio

Bueno, bonito y barato. Pero también mostraba en la superficie la "personalidad cultural" de una ancha franja de la sociedad cordobesa que tenía como costumbre participar de las más populares audiciones radiales. Las tres emisoras de amplitud modulada que tenía Córdoba por entonces (LV2, LV3 y Splendid –luego LW1, radio Universidad Nacional de Córdoba–) lucían amplios estudios desde donde transmitían sus diarias ediciones. Era más que habitual que aquellos programas con enorme audiencia se realizaban con público presente, especialmente los radioteatros, protagonizados, por ejemplo, por la compañía que encabezaban Jaime Kloner y Ana María Alfaro ("La estrella de su emoción", era el latiguillo de la publicidad para anunciar el radioteatro durante la tanda previa a la escenificación), que hacían llorar a media provincia con sus épicas entregas radiales –como "El león de Francia"– que después reiteraban puntillosamente en las giras por el interior donde coblaban cualquier teatro o escenario improvisado en clubes, playones deportivos o bibliotecas públicas. Estas giras alcanzaban, incluso a provincias circunvecinas, como Catamarca y La Rioja. En los auditorios radiales podían verse a jovencitas menores de 20 años acompañadas por sus madres o tías, emperifolladas y perfumadas, muchas de ellas incluso llegadas desde el interior o poblados circunvecinos a la capital cordobesa, que se emocionaban "en vivo y en directo" como ocurrió luego con la televisión. Uno de los grandes

impulsores del radioteatro en Córdoba fue, en aquellos años, Efraín Urbano Bischoff guionista y director de numerosos éxitos radiofónicos. Que también ejerció durante décadas como periodista en los diarios Los Principios y La Nación y destacado historiador autor de casi 200 libros muy valiosos por la documentación que incluyen y de más que interesante lectura.

También llevaba mucho público, tanto en vivo como a través del éter, el programa “Gorjeos” por radio Splendid conducido en forma inigualable por “Doña Tremebunda” –seudónimo de Aurora Botiglieri de Bisso, una destacada profesional que hizo verdadera escuela de locución en Córdoba– donde se promovían a niños y jóvenes con cualidades para la música instrumental, la poesía o el canto. De allí salió, entre otros artistas luego consagrados internacionalmente, Roberto Yanaconne, conocido como Roberto Yanés, popular cantor melódico.

No le gustaba para nada que se lo recordaran pero también Roberto A. fue al programa Gorjeos a recitar un largo y dramático poema del periodista y folclorista argentino Rafael Jijena Sánchez que había memorizado hasta el cansancio durante los últimos dos años en la escuela primaria. Pero a la hora de enfrentar al micrófono los nervios lo traicionaron y cometió varios errores en el recitado, tantos que el operador los advirtió y lo sacó del aire. Ni Doña Tremebunda lo pudo consolar y, por cierto, no volvió a intentarlo nunca más.

Igualmente tenían aceptación las grandes orquestas locales, típicas o de tango, que se promocionaban a través de las transmisiones para animar luego los bailes en los clubes más populares de la ciudad capital y el interior. Esto, obviamente, ocurría en mayor o menor medida en todo el país, pero en Córdoba se prefería a las expresiones artísticas locales, como regla general.

Eran tiempos de la radio espectáculo, hasta que la irrupción de la televisión obligó a la transformación de las emisiones radiales que profundizaron la relación coloquial con el oyente como ocurre hasta hoy. La paulatina privatización ayudó a su evolución como herramienta útil para la sociedad, particularmente por la fuerza de la información periodística instantánea.

Y en los hogares también la radio era un motivo para reunir a la familia para escuchar los radioteatros, la comedia costumbrista “Los Pérez García”, una familia común con una inagotable carga de problemas domésticos que hacían las delicias de las amas de casa (María del Carmen una de ellas), o las series como “Tarzán, rey de los monos”, auspiciada por “¡Toddy frío, natural o caliente es siempre delicioso!” (Según la publicidad de esta leche chocolateada envasada para su venta en botellas de vidrio). Los niños, escuchando las andanzas del “Rey de la selva”, daban rienda suelta a la imaginación bienhechora que, de un modo u otro, enajenó luego la televisión. Incluso, era frecuente que los domingos a la mañana temprano se siguiera la misa por radio con la misma unción que se advertía en las iglesias en los distintos tramos del rito católico. Uno de los grandes impulsores del radioteatro en Córdoba fue, en aquellos años, Efraín Urbano Bischoff guionista y director de numerosos éxitos radiofónicos, que también ejerció durante muchos años como periodista en el diario Los Principios y destacado historiador autor de casi 200 libros muy valiosos por la documentación que incluyen y demás que interesante lectura.

Hogar, dulce hogar

Por regla general las mujeres casadas le dedicaban 25 horas por día al hogar. Sociedad machista, si las había, que ni “Los Panchos” con sus boleros de moda atemperaba. Liderada, adviértase objetivamente, por las matronas que educaban a sus hijos varones en las normas no escritas de la preeminencia del sexo masculino “para que no se pierda

el apellido paterno” (¿?). Tanto así, estas matronas, ya en vías de extinción, que ni el frondoso bigote preanunciador de la menopausia se afeitaban (como el bozo juvenil pero infinitamente más desagradable a la vista).

El hombre, desde joven trabajaba (y hasta podía elegir dónde hacerlo según sus habilidades, porque la desocupación prácticamente no existía, aunque por lo general los sueldos eran más bien tirando a poco); si estudiaba, mejor. Las niñas, a corte y confección, cuando mucho, y la mayoría de ellas con notable aplicación en la Academia del profesor Kohan, de reconocido prestigio. Las menos, al magisterio, especialmente a la escuela “Agustín Garzón Agulla” asentado en barrio General Paz, que, desde 1942, comandó como Regente Luz Vieyra Méndez, una educadora monumental que, en el siglo pasado, ayudó a muchas generaciones a prepararse profesionalmente para la tiza y el pizarrón.

La mujer, casada por iglesia y por civil –obviamente para no ser mirada de reojo– y “para toda la vida”, tenía el cielo bien ganado, por la agotadora tarea de los quehaceres domésticos (las concubinas no tenían al cielo bien ganado, porque el concubinato era pecado mortal) y pasaban 40 días sin bañarse después de parir a sus hijos para que “no se le corte la leche, m’hija”.

Había muy pocas cocinas a kerosén; en la mayoría de los hogares de clase media baja se elaboraban los alimentos con carbón o leña, en la pesada y elefantiásica “cocina económica” con hornallas de acero.

Sólo algunos privilegiados tenían heladera eléctrica. En verano, por ejemplo, los más grandecitos de los hijos de cualquier hogar cordobés estándar se levantaban bien temprano para concurrir, a pie, hasta las distantes fábricas de hielo donde compraban las barras enteras que alimentaban las frágiles heladeras de madera acomodadas en algún rincón fresco de la casa.

El lavarropas eléctrico automático era una rareza. Lo más común, el piletón gigante con tabla de fregar de madera y a puro jabón “Radical” en panes, a falta del producto en polvo o los evolucionados detergentes sintéticos de hoy. Y después de quedar extendida lavando, había que planchar, ¡caramba!

De suerte que la mujer casada, aun con pocos niños en su haber matrimonial, tenía tarea a tiempo completo. El día no le alcanzaba, entre el mercado y las compras menores en el almacén de la esquina (las grandes superficies comerciales como los supermercados recién aparecieron en Córdoba al comenzar la década del ‘60). Y la cocina que le llevaba varias horas, la limpieza y el control de los menudos “indios” que cuando eran bebés resultaba toda una cuestión de expertos su atención, particularmente en su vestimenta, lo que vale un párrafo aparte para graficarlo.

Varón o nena, indistintamente, se los arropaba, invierno o verano, desmesuradamente, por decir poco. Además del pupero (se eliminaba cuando se desprendía el pupo u ombligo), talco perfumado, el pañal –uno fino y uno grueso– de tela de algodón, más la bombacha de goma para evitar lo inevitable. Sobre esto, la faja –algunas de más de dos metros de largo por diez centímetros de ancho hemos visto– especialmente alanoche, que convertía al angelito de Dios en un “matambre” de tierna carne. Sumar a ello las medias o los escarpines y un gorrito tejido a mano por las abuelas con agujas de madera, para que las orejas “no se desformaran”. Por si no queda muy claro: la faja se colocaba envolviendo el cuerpo del infante para que “la columna vertebral no se dañara” y, también, de paso, para evitar que el niño fuese “chueco” o patizambo cuando mayor. Por supuesto y con obvia frecuencia, cuando concluía la agotadora labor primorosamente maternal, el pequeñín, así empaquetado a barquinazos a diestra y siniestra, ya estaba cagado hasta las orejas. Y a empezar otra vez. De ello fue testigo

Roberto A., por ser miembro de familia más que numerosa y uno de los primeros en el orden de venir a este mundo sin que nadie se atreviese a explicarle a qué. “Y hasta que uno aprende –siempre autodidacta en esta materia sin bibliografía ni maestro– se le vala vida”, sostenía nuestro protagonista con una pizca de ironía y otro poco de razón.

Aceitando las tripas

En muchos hogares cordobeses, siguiendo la tradición oral que viene desde Europa y, más atrás todavía, de la época de los faraones, una vez por semana por lo menos, aparecía rutilante en escena el “terrorífico” aceite de ricino, para combatir el estreñimiento derivado frecuente de tanto frito con grasa, tanto guiso, tanto mal comer. Ningún niño se salvaba de la cucharada sopera proporcionada por la madre para “evacuar los intestinos”. Lo cual era rigurosamente cierto y ocurría entre dos y cuatro horas después del amargo trago. Sabían las amas de casa que había que tener mucho cuidado con la dosis, puesto que, en cantidades elevadas, producía náuseas, vómitos y hasta diarrea aguda, pero igual la utilizaban. Como se utilizó el aceite de ricino en la Alemania y la España fascistas para torturar a los enemigos políticos, incluso hasta llevarlos a la muerte.

Igualmente tenía “muy buena prensa” el aceite de hígado de bacalao (uno de los nombres comerciales de la época “Emulsión Scott”, pero igualmente intragable como el aceite de ricino por el clásico olor a pescado podrido), en este caso como suplemento dietético, además de adjudicársele propiedades curativas para diversas dolencias del cuerpo humano. Claro, en este caso no era tan frecuente su uso familiar a destajo porque costaba sus buenos pesos semejante “elixir”. Ya cuando la “Emulsión Scott” llegó con sabor a naranja para atemperar las náuseas, Roberto A., ya era un hombre grande que había “padecido” aquellas sesiones cuando le aceitaban las tripas. Algo mejor –como recuerdo de aquellos tiempos en que los niños eran convidados de piedra y estaban a merced del “abrazo de oso” familiar– eran en invierno las cataplasmas con paños calientes sobre el pecho, humedecidos con un unguento de preparación casera misteriosa con resultados “mágicos” a las 48 horas. Por supuesto, los pediatras de la época (como los de hoy) decían que los estados gripales se curan con medicamentos en una semana y, sin medicamentos, en una semana. Pero las madres sabían “de todo” por aquella antiquísima tradición oral y allá marchaban en pos de la salud para sus descendientes.

Rebelión en la granja

En aquellos años, decíamos, en Córdoba, con claroscuros como toda sociedad viva y dinámica en cualquier lugar del planeta, por humanos que son sus integrantes, marchaba bajo el pesado marco de lo previsible. Rutina que ahora le decimos. Bien temprano, las principales calles del centro de la ciudad y también de los barrios tradicionales se poblaban uniformemente del blanco guardapolvo con el que se vestían los niños rumbo a la escuela primaria. Todavía resuena hoy en los tímpanos el inigualable rumor musical que generaban aquellos educandos marchando rumbo al conocimiento impartido por docentes que, esto todavía sí, representaban auténticamente la imagen de la autoridad, en el mejor sentido social del aserto.

Con bastante regularidad y no por imposición paterna, Roberto A., solía acompañar a sus dos hermanos más pequeños hasta la escuela primaria, una de las tantas que había en barrio San Vicente. Un día de aquellos y cuando se encontraban en la puerta de entrada al domicilio despidiéndose de la madre para marchar a la escuela, Roberto A., y sus dos hermanitos vieron llegar el vetusto camión que hacía las veces de correo irregular –los grandes le llamaban “La Mensajería”-. Transportaba correspondencia y enseres que, con regular frecuencia, enviaba el abuelo de Roberto A., que vivía en un modesto campo del

“lejano” paraje de Paso del Carmen, en el departamento norteño de Cruz del Eje. Pero en este caso, el abuelo Bartolo –a pocos días del cumpleaños de Carlos A.– remitió un pequeño cabrito mamón, de dos o tres meses de vida que balaba a tiempo completo por el susto y por haber sido separado prematuramente de la protección materna. María del Carmen tomó el pequeño animal en los brazos y lo introdujo en la casa luego de despedir al camionero y a los niños hacia la escuela.

Al regresar, todos los hermanos a una se reunieron en el segundo patio, el del fondo, de tierra, donde convivían varios teros con las alas cortadas que le vedaba el cielo, algunas tortugas, una pareja de conejos y sus gazapos, gallinas y pollos que picoteaban los frutos que se caían de una añeja higuera que se levantaba en el centro del amplio predio. Ya calmado y alimentado a mamadera, retozaba el susodicho cabrito, blanco con algunas pintas negras y marrones, las menos. No era la primera vez que llegaba un cabrito enviado por el abuelo, pero por esas cosas misteriosas de los seres humanos, este, no los otros, fue distinto. Los anteriores cabritos fueron artesanalmente faenados por Carlos A., con aquel gran cuchillo de filo peligroso al que ningún niño se acercaba jamás so pena de una pedagógica y controlada zamarreada materna. Se aprovechaba la exquisita carne para consumirla asada a las brasas (un verdadero manjar cuando el cabrito es mamón) o trozado, en la olla con arroz, papas y verduras, que rendía mucho más, en tanto con la sangre y los menudos se elaboraba un guiso conocido como “chanfaina”. La cabeza del cabrito, hervida para puchero, también se comía como los criollos habían enseñado en las serranías (abierta diestramente al medio del cráneo, sal mediante, se ingerían los sesos, la lengua y la carne de los maxilares).

Unánimemente la “tropa” habló con el jefe del hogar pidiendo clemencia para el cabrito, nadie sabe por qué, nombrado Pepe. Carlos A., trató de explicar lo que antes no había resultado necesario, sobre que era un alimento al igual que las gallinas y los pollos y etc., etc. Pero como no era tonto y siempre había enseñado a sus hijos el respeto por el semejante y también por los animales domésticos, recordando igualmente su prédica democrática, se avino a la solicitud unánime. Pepe, cerca del cadalso por culpa de su sabrosa estirpe pasó a ser la mascota de la casa, pese a sus sonoros berrinches que no reconocían ni día ni hora. Pese también a varias prendas que se comió después de arrancarlas de la sogá donde se tendían y a los topetazos con los que corría a los hermanos menores de Roberto A., cuando éstos intentaban utilizarlo como los caballitos de madera de sus juegos. Con el paso de los años, nuestro protagonista olvidó qué fue de la existencia de Pepe, el cabrito no inmolado. Lo que sí no olvidó jamás fue la alegría de sus hermanos después de aquella breve y triunfal rebelión en la granja.

Al campito y de “champions”

Habilidosos o pataduras por naturaleza, no tenía mayor importancia. Por aquellos años la cita obligada de la barra, los amigos y los compañeros de colegio, se daba en el “campito”, cualquier sitio baldío de los muchos que había en distintos lugares del barrio para darle y darle a la pelota. Era el juego más popular de niños y jóvenes en un país más que futbolero, gracias a los ingleses que entronizaron el football por estos lares, cuando llegaron para construir los ferrocarriles. Tal vez en esos potrereros se estaba escribiendo la historia de los “genios” (varios de ellos cordobeses) que lograrían el primer campeonato del mundo conseguido por Argentina. Histórico triunfo aquel de 1978 o pacado por haber sido alcanzado en plena dictadura militar.

Pero eran aquellos los años en que pesaba, y cómo, el sonoro fracaso de la selección nacional en Suecia 1958 (recuerde: Checoslovaquia 6, Argentina 1) a donde se había llevado todas las ilusiones de un pueblo más que necesitado de hazañas que mejoraran

en algo el ego patriótico-social bastante caído a menos. Justamente, y puesto en perspectiva, aquel supuesto imprevisto fracaso en el mundial de Suecia –paratodos en Argentina lograr el título era sólo un trámite ya que éramos los “mejores del mundo, por lejos”- puso en claro el aislamiento que el país sufría, incluso en el campo deportivo, consecuencia directa de los golpes de Estado a los que se sometió a la República, con mentiras, engaños y gambetas permanentes al orden institucional.

Pero cuando se ingresaba al campito –algunos de alpargatas, otros con las zapatillas de goma marca Champions que los cordobeses rebautizaron para siempre como “champions” y uno que otro en “pata”, nomás– la realidad quedaba cristalizada afuera y sólo existía la competencia deportiva informal. La redonda pelota representaba a la perfección el mundo ideal en donde se sumergían los protagonistas. Si el juego se desarrollaba con una pelota de cuero “reglamentaria”, era un lujo que podían darse los chicos cuando algún representante de clase acomodada llegaba con el presente de su cumpleaños. Pero, habitualmente, la pelota era producto de la tarea artesanal por las expertas manos de quienes la armaban hasta darle el volumen necesario para el picado de rigor con trapos contenidos por aquellas famosas medias de nylon para mujer, resistentes al maltrato. Los arcos se determinaban con piedras, ramas o con la misma ropa de los jugadores. Los equipos se integraban según quien ganara la tradicional “pisada” a cargo de los más grandes o, también, por los más habilidosos que elegían a quienes los acompañarían con gambetas, caños y sombreros, a lo largo del partido. “Vos, gordo... al arco... vos chueco... al medio... ‘colorado’... marcás la puntayvos, enano... conmigo de delantero...y lo hacemos puré...!!” era la estrategia y arenga elemental que desplegaba Roberto A. como el “capitán” del equipo antes de la confrontación. Raramente alguien actuaba de árbitro por ser muy aburrida la faena, “negociándose” las infracciones cuando eran más que evidentes.

Las madres de familia en aquellos años, entregadas por entero a las tareas del hogar, mantenían casi absoluta tranquilidad cuando conocían que los hijos estaban en la “canchita”. Allí los consideraban seguros y a salvo de avatares desagradables. Y así era. Se jugaba hasta que la noche caía con la obvia consigna –cuando el marcador estaba parejo– de que “el que hace el último gol, gana.” Los golpes y moretones ocasionalmente sufridos apenas si dolían hasta el día posterior y desaparecían no bien iniciado el picado subsiguiente.

“¡Guardas atrás, miras oigas!”

Entre otros muchos, había dos personajes públicos –que es una forma de decir– en barrio San Vicente que impactaban en el acto de conocerlos, particularmente a los niños. Uno de ellos “Pata e cabra” un limosnero que exhibía un ojo de vidrio color celeste cielo pero sin pupila, larga barba lacia y canosa y que, al caminar, lo hacía con mucha dificultad arrastrando su pierna izquierda, afectada por un accidente cerebro vascular. Casi todos los días transitaba lentamente el sector acompañado por un viejo perro para no desentonar, enfundado en invierno en un raído sobretodo negro que había conocido tiempos mejores, tal vez siglos atrás. Era este hombre pobre definitivamente inofensivo, pero los niños le tenían pavora por tiempo indefinido y no había poder de Dios que los hiciera cambiar de opinión. Cuando lo veían venir, aceleraban el paso hasta la carrera o se desviaban del camino para esquivarlo lo más rápido posible. “Pata e cabra” por cierto que no tomaba razón de este temor que inspiraba en los niños y continuaba siempre al mismo ritmo su única tarea conocida, mendigar.

El otro personaje se ubicaba en las antípodas del pordiosero. Se trataba del zapatero remendón al que todo el mundo conocía como “Don José” que tenía su taller de trabajo y casa de familia contigua, en una esquina, frente mismo a la Plaza Lavalle. A media

cuadra, la vivienda de la familia de Roberto A. Don José había nacido en cercanías de la ciudad de Cracovia, en el sur de Polonia, y llegó ya muchacho grande a la Argentina. Hablaba, por ello, un cocoliche muchas veces ininteligible, pese a los grandes esfuerzos que hacía día a día para mejorar su incipiente castellano. Pero, más que por lo que intentaba hablar, se hacía entender por su simpatía innata. Extrovertido al máximo, alegre por naturaleza y, pese a estar casado y con hijos, tenía en algún lugar del corazón una usina generadora de niñez permanente que afloraba en todos sus actos. Apenas abrió su pequeño negocio no sólo consiguió de inmediato numerosos clientes que reconocían su habilidad y responsable dedicación para la media suela y taco, sino que todo el mundo lo “adoptó” como un verdadero ícono que enriquecía aún más la identidad propia de la “República de San Vicente”, un barrio definitivamente diferente, cosmopolita. Fanático del fútbol, hincha de Juventus –la “Vecchia Signora”– de Italia y de Boca Juniors, el zapatero remendón apenas llegaba el mediodía cerraba el taller y se entreveraba en un “picadito” en la propia vereda de su casa con los chicos de los alrededores que ya lo estaban esperando porque el hombre hacía unas artesanales pelotas de trapo que eran verdadera delicia por bien redondas y duritas para darle y darle sin parar. Jugaba siempre Don José con una pintoresca gorra de cuero negro que disimulaba, entre otras cosas una pronunciada calvicie, pero que, cuando no le salía alguna jugada o cuando su arco sufría un gol –y Roberto A. siempre le marcaba algunos–, la arrojaba furibundamente al suelo varias veces en inequívoca señal de fastidio (como suelen hacerlo hoy los tenistas de elite en los torneos internacionales). En cambió, cuando la suerte le sonreía, la emblemática gorra volaba por los aires como dando “noticia” del éxito alcanzado. Inefable y colorido. Así era nuestro zapatero remendón. Discutía y se “enojaba” como uno más de los purretes que lo cargaban porque era medio patadura. Igualmente, cuando amenguaba el trabajo a la tardecita, se “corría” media cuadra hasta el campito, descripto con antelación, para alentar a los participantes del partido de fútbol ya más formal entre los mejores preparados para el arte de darle a la “redonda”, entre ellos Roberto A. Pero lo hacía con interjecciones que sólo él comprendía en toda su extensión y que causaban sana hilaridad a más no poder a propios y extraños, que compartían, cómplices con él, un espectáculo extra, además del deportivo.

Don José, además, era uno de los protagonistas principales de la folclórica matinée de los sábados en el cine del barrio, denominado “Urquiza”, contiguo a la plaza del mismo nombre, sobre la calle San Jerónimo, que resultaba chico para albergar a tanta rumorosa demanda juvenil encabezada por el zapatero remendón. En uno de aquellos tantos sábados de biógrafo con la platea, baja y alta, totalmente cubierta de espectadores, se exhibía una de las famosas cintas concebidas por Alfred Hitchcock, maestro del suspenso, si los hubo. Durante toda la semana el astuto propietario de la sala cinematográfica había realizado publicidad por altoparlante montado en un antiguo automóvil que recorría el extenso barrio, machacando en la figura del famoso director de Hollywood y había dispuesto, sabiendo la demanda que se generaría, en lugar de las dos funciones tradicionales de los días sábados, realizar nada menos que cuatro, eliminando el “relleno” de los soporíferos noticieros “Sucesos Argentinos” realizados en Buenos Aires y siempre desactualizados, al incluir informaciones ocurridas dos o tres semanas antes y, por si algo le faltara, manifiestamente oficialista.

Al promediar el filme, como era previsible en función de la habilidad de Hitchcock y sus relatos visuales, no volaba ni una mosca en la sala. Silencio absoluto, quebrado sólo por el sonido que bajaba de la pantalla y en ella, la escena crucial: la desamparada muchacha de bello rostro caminando distraída por un hermoso parque que se iba

transformando imperceptiblemente en un bosque impenetrable y amenazador que cobraba diabólica vida. Pero, claro, ella no se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo a su alrededor, sumida en profundas preocupaciones existenciales. Sigilosamente la seguía un personaje masculino contrahecho al que no se le veía el rostro, oculto por las solapas levantadas de un negro sobretodo y que mostraba sin mostrar un espantoso cuchillo de doble filo con medio metro de hoja por lo menos. En tanto, se desplomaba una violenta tormenta eléctrica plena de truenos sobrecogedores, rayos y centellas que iluminaban a día la fantasmagórica escena. Cada vez más cerca y más cerca de su víctima y, en el momento en que “el malo” levantaba el terrible cuchillo para asestar la mortal puñalada por la espalda, en la sala del “Urquiza”, donde nadie prácticamente respiraba se escuchó, como otro trueno, la voz de Don José que alertaba con desesperación a la niña de bello rostro en trémolo cocoliche: “¡Nenna, nenna, guardas atras, miras oigas!!” (sic).

Todavía resuenan en los tímpanos de Roberto A. –testigo privilegiado de todo lo ocurrido– las carcajadas, los chillidos condenatorios y los aplausos de los contertulios en aquella memorable matinée del cine “Urquiza” que, por cierto, con los años abatió el progreso.

Ese era el niño con ropaje de zapatero remendón, inolvidable Don José, que Dios tenga en la Gloria.

Los chicos de San Vicente

La imaginación de los chicos de San Vicente no tenía techo. Viajaba a todo el mundo de la mano de mitológicos centauros y corceles indomables, vivos, con cuerpos de rústica madera y patas de rulemanes. Roberto A., lo sabía a la perfección porque, justamente allí, había perfeccionado la suya propia.

Los rivales a vencer eran imaginarios ogros que vivían detrás de las gigantescas murallas –para ellos– de la “Fábrica Chaski” (se levantaba en un amplio terreno delimitado por las calles Diego de Torres y Obispo Castellanos y la ribera del río) cuyas persianas, que nunca se abrían, ocultaban infranqueables misterios, agigantados por la fértil imaginación de la tradición oral de aquellos tiempos.

Las paredes de la supuesta fortaleza industrial dominaban la geografía urbana del particular sector poblado en su mayoría por malolientes curtiembres. Sobre la margen derecha del entonces llamado Río Primero, frente mismo al misérrimo caserío de “las Ponce” las integrantes femeninas de humildes familias acostumbradas a sobrevivir ejerciendo el más antiguo de todos los oficios. Aquellas “trabajadoras sociales” no sólo alimentaban la imaginación de “los chicos” sino que, además, se hicieron famosas en todo el orbe.

Los niños del antiguo pueblo de la Córdoba que se expandía hacia el Este, estaban convencidos que en lo de los Chaski encontrarían los rodamientos para sus “carritos”, iguales a los que más de medio siglo después, en Unquillo, recuperaron esta eterna pasión de chicos y grandes. Las horas que le escamoteaban al estudio, que no eran pocas, se invertían en materializar la estructura de los vehículos a bordo de los cuales, estaban convencidos, vencerían a los vientos, a las distancias, a la inocencia.

Con una habilidad incomparable “el Guille” (de adulto, un médico cirujano de excepción) medía, cortaba y perforaba, con lo que tuviera a mano los maderos que nunca nadie supo de dónde habían aparecido. Era apenas un bastidor que atrás llevaba una madera más ancha donde poder apoyar las nalgas para ir más o menos sentado. En la parte delantera y mediante un tornillo o bulón de un tamaño considerable se colocaba lo que vendría a ser el eje móvil de conducción.

Lentamente el precario vehículo cobraba forma (en la mente de los chicos la experiencia se comparaba con la del Gepetto del clásico Pinocho). Pero seguían faltando los rodamientos, imprescindibles para terminar la obra. Ya tenían hasta los frenos, que no eran otra cosa que un trozo de calzado o zapato en desuso que se clavaba en la parte delantera y que, al presionarlo contra el suelo hacía que disminuyera la velocidad. ¿Habría rulemanes en Chaski? El interrogante les sorbía el seso. Como ladrones al acecho merodearon la inexpugnable fábrica metalúrgica. No se atrevían a mirar hacia adentro. Sólo caminaban alrededor vaya a saber esperando ¿qué?

En algún instante uno de los chicos, sacando fuerzas de flaqueza, se animó. Casi sin levantar la mirada del piso habló con un hombre serio vestido de mameluco azul en el que se advertían manchas de grasa y herrumbre por doquier como si nunca lo hubieran lavado. La vergüenza que sintió en ese momento el niño hizo que debiera repetir varias veces el interrogante.

Ninguno de los “temerarios” compinches quiso creer lo que estaban escuchando. El hombre del mameluco no repreguntó. Con sus gestos dejó en claro que sospechaba lo que pretendían. “...hay de todos los tipos y tamaño, para todos los gustos. Ahora sí –remarcó– tienen que sacarlos ustedes. Allá están” –dijo finalmente– y apuntó hacia donde se amontonaba la chatarra. La búsqueda de los preciados rodamientos continuó al día siguiente. No fue tarea fácil pero el valor emocional bien valía el esfuerzo. Cada cual llevó los suyos. Algunos más precavidos guardaron otros para repuesto. Todos los chicos exhibieron por esos días una sonrisa distinta. No habían tenido que pelear con ningún ogro; por el contrario, habían descubierto a un hombre bueno que “entendió todo”; “tal vez fuera uno de los Chaski”, pensaron. Estaban jubilosos, como cuando el dueño del cañaveral les permitió cortar las cañas aquella vez cuando empezaban a construir sus propios barriletes por influjo de Carlos Alberto, pero esa es otra historia. Los carritos estuvieron listos y en condiciones de andar en cuestión de minutos. Todos en fila india marcharon hacia donde comenzaba la pronunciada pendiente de la calle San Jerónimo, ya en San Vicente Parque. Una, diez, cien veces el mismo recorrido. Una, diez, cien veces la misma sensación. La foto inigualable del vértigo mismo. Y, por si fuera poco, cada uno había fabricado su “carrito”. Sobre ese artesanal vehículo se habían sentido los Fangios de 1958. En esas correrías calle abajo a lo largo de diez cuadras dominaron como reyes la geografía urbana zigzagueante atestada de vecinos preocupados por el riesgo. Hubo otros residentes de la zona molestos por el ruido de los rulemanes sobre el cemento. Mucho más ruidosa fue la risa de los niños, como respuesta. La alegría de los adolescentes. No faltaron quienes a las soleadas siestas, aprovechando el descanso de sus padres le sacaron los automóviles para llevar a sus hermanos y amigos hasta el sitio más alto de la calle en pendiente para sumarse a la alegre y más que vertiginosa aventura, pese a los riesgos que asumían. El vehículo que más viajes hizo con ese propósito “solidario” fue un Jeep “petitero” que no hacía mucho tiempo había salido de la fábrica Industrias Kaiser Argentina, en Santa Isabel. Algunos vecinos memoriosos aseguran que el Jeep tenía patente oficial, pero eso, también es otra historia.

Proveedor de naranjas y limones

En la vivienda contigua a la que habitaban Carlos A. y María del Carmen y su generosa prole, en la “República de San Vicente”, se domiciliaba Querubina V., una señora viuda, entrada en años, de muy buen pasar económico, a quien acompañaba Celia, su “ama de llaves”, analfabeta, trabajadora leal a tiempo completo, pero de pésimo carácter para con el resto de los mortales. Tanto como Biyú, el pequeño pequinés marrón leonino que poseían y al que cuidaban mejor que a un cristiano bautizado, conchaleo

de lana tejida para el crudo invierno y moño rojo al cogote en verano. Aquella anciana, simpática, con pasado laboral en la docencia, muy lúcida y de hablar castizo, labró una excelente relación con Roberto A., a partir de un día que, casi por casualidad, le pidió que si podía ir a comprarle el pan del día. Celia, le explicó, se encontraba en cama con gripe y ella veía poco y nada para arriesgarse a caminar las tres cuadras que separaban su casa del almacén. Desde ese “mandado” cumplido puntillosamente, nuestro protagonista se convirtió en el “preferido” de Querubina V. Le llevaba con regularidad abundante correspondencia al correo, particularmente largas cartas que la anciana escribía a numerosos parientes que tenía en la Villa de Castrogeriz, en España, donde ella misma había nacido en el siglo XIX. Incluso al poco tiempo de comenzar a relacionarse con Roberto A., a pedido de ella, le leía las cartas que sus familiares escribían y también redactaba de puño y letra las respuestas, a raíz de las dificultades visuales que padecía la anciana. Por si fuera poco Querubina (la bautizaron con ese nombre por una abuela italiana de su propio padre) le contaba historias de su infancia española llenas de anécdotas risueñas que él intuía como producto de la fantasía pero que escuchaba de muy buen talante porque realmente le tenía mucho cariño a la vecina. No sólo por las monedas que le daba –alguna vez hasta algún billete, caramba-por sus “servicios”, sino que también recibía en trueque generosas cantidades de naranjas y limones que él mismo cortaba de los grandes árboles cítricos que se levantaban en el gran patio “del fondo” de la finca vecina, que, por cierto, venían muy bien en la mesa austera de su familia por tantos miembros y pocos ingresos.

Varios años duró esta noble relación entre Querubina V., y su joven vecino redactor-lector que, por si fuera poco, también recibió ayuda escolar y sabios consejos de vida de aquella mujer que tanta confianza y generosidad le había demostrado. Se interrumpió la noble rutina de reciprocidad cuando la anciana, ya muy viejita, debió ser recluida en un geriátrico, totalmente ciega y con un incipiente mal de Alzheimer que avanzó inexorablemente. Con todo, una vez por semana al menos, Roberto A., la visitaba en el albergue para leerle la correspondencia que continuaba recibiendo desde España, aunque ya en los últimos tiempos ni siquiera lo reconocía. Pero siguió concurriendo hasta que su vecina y amiga dejó de existir. A la casa de Querubina V., la habitó luego un matrimonio joven con dos hijas mujeres y ya no hubo más naranjas y limones, producto del trueque, para la numerosa familia de Carlos A. y María del Carmen. A pedido de Roberto A., su madre hacía oficiar misa una vez al mes en la parroquia de la Inmaculada Concepción en memoria de Querubina V., y él, a veces junto a alguno de sus hermanos y amigos del barrio, concurría con unción.

Como cirujanos en el quirófano

Los recuerdos están intactos. La memoria, llamativamente activa, parecía aupada por el traqueteo de los tranvías al doblar por calle Solares y tomar Estados Unidos, proa al centro.

Más que aspiraciones, tenían irreconciliables deseos y ansias. No comprendían que era imposible conciliar sus prisas con el devenir del tiempo. Sus demandas eran “para ya”, “para ahora”. Cómo explicar a alguien que sus sueños debían concretarse antes de despertar a la cruel realidad que los agobiaba. Los dedos parecían discos de arados horadando la tierra alrededor de cada una de las cañas. Todas estaban verdes. Poco les importaba a ellos esa circunstancia. Aun así no abandonarían la empresa, Roberto A., sus hermanos varones que le seguían y varios íntimos amigos. Nadie podía terminar la jornada sin tener el barrilete. Parecía una cuestión genética. Algunos tomaron la inquietud como un desafío personal. El honor en juego. La materialización del sueño sería un regalo para los mayores. A ellos les debían demostrar que el mensaje y la

herencia habían llegado. La tarea se convirtió para los chicos en un muestrario de habilidades, destrezas, limitaciones y cataratas de sueños multicolores, en consonancia con los tonos de los imaginarios papeles con los que pensaban vestir los esqueletos de cañas e hilos, cuando en realidad el único ropaje que utilizarían eran las hojas sepiá de viejos diarios. La construcción de los barriletes se constituía en una verdadera obra de arte. Había virtuosos y prolijos, parecían cirujanos en el quirófano. Algunos recordarían años después aquellas veladas. "El Guille" debe haber sido el más empeñoso de "los constructores". Trabajaba científicamente; no dejaba nada librado al azar. En su caso las urgencias no lo acosaban. Una por una limpiaba y emprolijaba las cañas. Para atarlas de acuerdo a las características del esqueleto, usaba solamente el hilo imprescindible. Sólo él entendía por qué debía ser así; pura intuición.

Con esos verdaderos amasijos de caña, hilo, papeles, engrudo y trapos, pensaban remontar los aires, cabalgar los vientos, desafiar la gravedad. Sentir el pecho henchido de orgullo, de satisfacción por haber alcanzado la materialización de los sueños. Atrás quedaban horas robadas al estudio, a la educación informal en la casa donde le inculcaban las normas, los valores, los afectos, la disciplina, la contención. El barrilete bien valía desatender esas cuestiones hogareñas. Nunca nadie sabrá el tiempo que se utilizó para hacer "el volantín", como lo denominaba Carlos A. El tiempo que insumen esas obras no se mide con el reloj, sólo puede hacerlo el aparato todavía no inventado capaz de medir el peso de las ansias, el dolor de un desengaño, la alegría por el hallazgo de un amor. La última gota de engrudo era equiparable al corte del cordón umbilical. Sin el tradicional llanto, otro ser había nacido bajo la inspiración de niños padres. Es difícil intentar una aproximación al orgullo que sentía cada uno de los empeñosos constructores. La ceremonia proseguía con otros retoques como los flecos, los sonadores o tronadores en los "mediomundo" o "estrellas". Esos arreglos no los tenían los rudimentarios "cuadrados" o "cajón de muerto". Pese a todo, en el aire, embolsando el viento, todos eran artífices de generar entre los niños una sensación de ser los dueños del universo en ese momento. Claro, no siempre resultaba fácil remontar el barrilete. También en este menester, era imprescindible una dosis importante de destreza y alcanzar una alianza con el viento. Muchas veces barriletes mal balanceados terminaban con sus dueños en condiciones de ser tratados con chaleco de fuerza.

Primero los "tiros". Generalmente eran tres: dos en cada uno de los extremos superiores y el central, que según la intensidad del viento, podría ser más corto o más largo que los anteriores. Para la serenidad del vuelo resultaba determinante la calidad y el largo de la cola. Con el viento sobre las espaldas, casi siempre sin el suficiente abrigo, y el barrilete bebiendo los aires, la jornada cumplida resultaba inolvidable. Aun hoy a más de cincuenta años de esa experiencia inolvidable, iniciada en el barrio San Vicente que se estremecía con el traqueteo inconfundible del tranvía Nueve bajando por Juan Rodríguez desde Villa Argentina, cuando ni remotamente se pensaba en sacar de circulación los pesados vehículos con ruedas de acero y alma de electricidad.

✂.....✂

Contratapa

Córdoba, 1950... y pico. El personaje central crece y se nutre en la "República de San Vicente" con sus colores propios, únicos. Que lo liberan y lo sujetan. La amistad con un compañero de secundaria deriva en una relación insospechada, narrada con un lenguaje

llano y simple. Costumbres y mitos de la época, con personajes únicos y proyección universal. Momentos risueños, otros irónicos, revela acontecimientos reales de excepción y ficciones (con mágicos vuelos por comarcas increíbles, de amor y desamor, donde todos podemos mirarnos -como frente a un espejo- para comprender qué sociedad integramos). Descripciones coloridas, precisas y contundentes. Para entretenerse, reflexionar y sacar conclusiones propias. Una lectura necesaria, por las pulsiones profundamente humanas que nos deja, parte de nuestra rica historia mediterránea.